

ZELINA
(Aparte.)

(¡Aun á esa francesa ingrata su corazón guarda fel)
A lo que estoy, castellano, comprendiendo en tu semblante, no tiene brío bastante tu corazón ni tu mano. Mas para tu bien, te advierto que al amor y á la venganza va sin freno y sin templanza mi corazón del desierto.

CONDE
(Con calma.)

Y ¿crees tú que, sin furor, dí cima á tan largo viaje?

ZELINA

Pues no olvidéis el ultraje que os arrastra á Roquefort; aquella noche espantosa en que, vencedor del moro, cambiasteis por gloria y oro el amor de vuestra esposa.

CONDE

¡Silencio, esclava..... por Cristo! Terrible noche fué aquélla, y sólo yo lloré en ella la gloria que á España dí.

LOTARIO

(Pasó esa fantasma fiera..... Respiro al fin..... ¡Ay de mí!)

ZELINA

(Siempre ese fatal recuerdo le exaspera y atosiga.)

CONDE

Esa memoria se abriga, vive eternamente aquí. Sí; yo entré entonces en Burgos al doblar de los tambores, con más aplausos y honores de los que soñé jamás; pero llegué á mi palacio, y al pasar por sus dinteles,

¡ay! mis honrosos laureles maldije, y mi ser quizás. Las puertas vi de mi alcázar para recibirme abiertas, mas nadie salió á mis puertas para darme el parabién. Y los siervos y las damas que dejé en él en mi ausencia, esquivaron mi presencia, cual de mi gloria en desdén. En vano me entré iracundo por mis puertas adelante, llamando con voz pujante á mi gente desleal; sólo el eco, que en las bóvedas cóncavas se guarecía, á mis voces respondía con lamento funeral. Rabioso pregunté: «¿Dónde mi servidumbre se encuentra?» y el eco me dijo: «Entra»; y entró en mi alma el pavor. Con voz exclamé doliente: «¿Qué es de mi esposa querida?», y el eco me dijo: «¡Ida, con acento de dolor. Con voz iracunda dije: «¿No hay quien me dé una respuesta?», y el eco me dijo: «Ésta.» Y ahogándome de furor, «¿Quién, dije, en mi casa propia me mofa con arrogancia?», y el eco retumbó: «¡Francia!», por el largo corredor. Lancéme por él al punto por un instinto guiado, crucé el corredor aislado y al oratorio llegué; abrí la puerta con ímpetu, y al tender dentro los ojos, en torno al altar, de hinojos á mis gentes encontré. «¿Qué es esto? dije asombrado de lo que en ella veía. ¿Pensabais, pues, que vendría mi alcázar propio á asaltar? ¿Por qué os acogéis al templo? ¿Qué es esto, gente menguada?»; pero la turba callada, ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que, entrándome airado por la mansión religiosa, y el semblante de mi esposa no alcanzando ver allí, así con ira del cuello al que topé mas cercano, y con la daga en la mano, le dije iracundo así: «¿Adónde está la Condesa? Di, ó mueres tras mi demanda», y el eco murmuró: «*Anda*», porque aquel hombre calló. «Hablad, por Dios, dije atónito; vuestro dolor, ¿qué me arguye? «¿Dó está mi Argentina?» «*Huye!*», el eco sordo gimió.

LOTARIO

(Déjame, historia tremenda; tu recuerdo me estremece, hasta en sueños me parece que te escucho por doquier.)

(Vuelve á reclinarse.)

CONDE

¡Y huía, en verdad, de Burgos; huía de mí, Zelina!

Desde aquí debe verse en esta escena excesivamente marcado el secreto amor del Conde y la incertidumbre de la mora.)

ZELINA

(¡Siempre la misma Argentina, siempre esa fatal mujer!)

CONDE

(Siempre ese triste recuerdo la da á la infeliz enojos, y se agolpan á sus ojos las lágrimas sin querer.)
¡Tú lloras, mora!

(Vuélvese de repente.)

ZELINA

Señor.....

CONDE

Zelina, á través del velo te vi, llorar ¡vive el cielo! al dar vista á Roquefort.

Seis meses ha, tu tristeza te está el corazón royendo, y por tu llanto comprendo que se mengua su entereza. Seis meses ha, y no me has dicho la razón de tu pesar.....; si yo la he de averiguar, nada debo á tu capricho.

ZELINA

Seis meses ha que yo sola mi tristeza estoy sabiendo; pero mi llanto, comprendo que mi firmeza acrisola. Y si en seis, de mi tristeza no habéis dado en la razón, no tiene mi corazón culpa de vuestra torpeza.

CONDE

Si un corazón africano puede al par con dos pasiones, para dos, dos corazones necesita un castellano. Porque él se entrega á una sola todo entero, y mas no avanza hasta que entera la alcanza con entereza española. Conque ese llanto detén, que si á la venganza vas, mientras vengada no estás, llorar tu amor no está bien. ¿Has entendido?

ZELINA

¡Quizá!

CONDE

Pues echa á un lado tu amor y vamos á Roquefort, que allí la venganza está. Y pues la noche se anda á largo paso, al rastrillo llega, Hassam, de ese castillo, y al castellano demanda para esta noche hospedaje, que fuera muy triste paso hacernos dormir al raso después de tan largo viaje.

HASSAM

Harélo así.

(Hassam va á subir, y se detiene al oír á la mora, que le dice:)

ZELINA

Hassam, detente,
que siento el puente crujir
y va tal vez á salir,
sin apercibirnos, gente.

ESCENA IX

LOTARIO, en la torre; EL CONDE, ZELINA
y HASSAM, ocultos.

(Bájase el puente, y salen por él Jenaro y Ginés.)

GINÉS

¿Conque me echa del castillo,
de la noche á la mitad?

JENARO

Por ese sendero echad,
y hallaréis un bosquecillo
donde podéis recogeros.

GINÉS

A fe que esta fortaleza,
más que casa de nobleza
es mansión de bandoleros.
Pero no tardará mucho
ese torrente en seguir,
que el plazo se va á cumplir.

LOTARIO

(¡Santos del cielo, ¿qué escucho?)

GINÉS

Y dígame á su señor
que rayan días mejores,
y traerán nuevos señores
al solar de Roquefort.

JENARO

¡Bueno!

LOTARIO

(¡Otros dueños aquí!
¿Quién dice tal impostura?)
(Va á acercarse á la ventana para mirar y retrocede
con temor.)

(No, no, que me da pavora
esa ventana, ¡ay de mí!
no; como siempre, mi huella
saldrá ese espectro á tener....
Mis ojos no pueden ver
más que su sombra tras ella.)

(Durante estos versos Ginés desaparece. Jenaro se adelanta hasta la peña en que se apoya el puente. Hassam trepa por ella hasta colocarse entre Jenaro y el puente. El Conde y Zelina aparecen un momento después, y al huir de ellos Jenaro, da con Hassam, le sorprenden, y mientras le atan, etc., etc., dice arriba Lotario:)

JENARO

¡Ay!

LOTARIO

¡Qué lamento! ¡Ahí está!
¡Bien decía yo: ella es!....
Esa cabeza.... Ven pues,
espectro, á mis manos ya.
Ven, aparición liviana,
de quien siempre me dividen
y á quien destrozar me impiden
los hierros de esa ventana.
Ven trae un cuerpo real,
cruza ese oscuro dintel,
y ven á lidiar con él
cuerpo á cuerpo y por igual.
Ven; no te temo así, no;
y en lucha desesperada,
con tu postrer carcajada
cantaré mi triunfo yo.

ZELINA

(Abajo.)

Ahora, por ese postigo
meted, Conde, vuestra gente.

ESCENA X

LOTARIO y ZELINA

(El Conde queda guardando á Jenaro; Hassam parte hacia el bosque; Zelina pasa el puente y entra en el castillo.)

LOTARIO

(Arriba.)

¡Oh, callas traidoramente!
No, no te atreves conmigo.

¡Cobarde! ¡Yo te provoco,
y tú con pavor te escondes!
¡Te llamo y no me respondes!
¡Por Dios, que vales bien poco!
¡Me temes, espectro, sí,
ahora que me ves con brío!
Pues bien; yo te desafío.

ZELINA

(Entrando en la torre por la puerta del fondo.)

Pues bien, Lotario, heme aquí.

ESCENA XI

LOTARIO y ZELINA, en la torre. EL CONDE,
en el puente.

LOTARIO

Tú, tú, ¿quién eres tú?

ZELINA

¿No me conoces?

¡Yo su espíritu soy, yo soy su hija!

(Aparta el velo.)

LOTARIO

¡Mi esclava!

(En esta escena muestra Lotario la vaguedad de la demencia.)

ZELINA

Y heme aquí pronta á tus voces.

LOTARIO

Luego bajo tu forma se cobija
su ser, y en su lugar te me apareces,
pronta á mi voz....

ZELINA

Sí, sí, ya expiró el plazo,
y en vano de tus torres te guareces;
polvo las torna mi potente brazo.
¿Qué has hecho de mi padre?

LOTARIO

(Con pavor.)

¡Esclava, calla!

Duerme allí su cabeza, en el torrente,

y esa reja no más sirve de valla
entre el espectro y yo.

(Zelina va á asomarse, y Lotario la detiene.)

¡Necia, detente!

Detente, sí; ¿no ves que al asomarte
la vas á despertar, y ella, irritada,
se asomará también de la otra parte,
lanzándote á la faz su carcajada?

ZELINA

¡Miserable de ti! Ya te comprendo:
tu conciencia me venga de ti mismo.

LOTARIO

¿Me comprendes? Pues bien; lo estás oyen-
do te asomes jamás, hay un abismo. [do:

ESCENA XII

DICHOS. ARGENTINA, con velo, que al salir
por la izquierda da un grito

ARGENTINA

¡Cielos! ¿Aquí la esclava?

ZELINA

Aquí, señora:

del plazo que otorgué pasó la hora,
y heme aquí ya.

ARGENTINA

Y ¿qué quieres, desdichada!

(Señalando á Lotario.)

La mano del Señor hirió su mente,
y estás del cielo por demás vengada.

ZELINA

Condesa, ya lo sé; no quiero nada
de ese hombre, le perdono.

LOTARIO

¡Dios clemente,
tú puedes perdonarme! ¡Oh! ¿Me perdo-
Sí; viven en tu ser ambas personas: [nas?
tú acudiste á mi voz, y eres, lo has dicho,
el espíritu que habla en el torrente;
tú eres el ser de esa visión odiosa
que detrás de tu forma se cobija;

tú estás en su lugar, y generosa
tú puedes perdonarme, eres su hija.
¡Ay! Dime, por piedad, que desde ahora
no tornarás á ser sombra tirana,
ni guardarás su forma aterradora,
ni vivirás al pie de esa ventana.
¡Dímelo, por piedad! ¿Podré asomarme
á contemplar en paz esa cascada,
sin que salga tu espíritu á asombrarme,
sin que vuelva á escuchar tu carcajada?

(Hassam, seguido de muchos soldados de Castilla disfrazados de peregrinos, entra tras el Conde en el castillo durante esta escena.)

ARGENTINA

¿Lo ves? No le atormentes; vete, mora.

(Zelina se cruza de brazos con dignidad.)

ZELINA

Espero.

ARGENTINA

¿A quién?

ZELINA

A un hombre.

ARGENTINA

¿Al Conde?

ZELINA

Al Conde.

ARGENTINA

¡Tesisguel! ¡Oh! Siempre sospeché, traidora,
la pasión infernal que tu alma esconde.
Le amabas, y tal vez correspondía
tu amor.

ZELINA

¡Silencio!

ARGENTINA

Y la razón es ésa
que á Roquefort te trae.....: me lo temía;
eso es, mora, tu plazo y tu promesa.

(Asoma el Conde y se detiene á escuchar al dintel de la puerta.)

ZELINA

Pues bien, yo le amo; mas grandeza
[aprende

de un corazón de esclava. Si él ahora
vuelve hacia ti sus ojos y te tiende
satisfecho su mano protectora,
á mi razón mi corazón se humilla.
Sí; ahogaré mi pasión dentro del pecho,
y á ser tu esclava volveré en Castilla.
Mas siempre, siempre atada á vuestro lecho
y tendida á los pies de vuestra silla,
noches y días viviré en acecho;
y humilde, sí, mas suspicaz leona,
yo guardaré su honor y su corona.
No lo olvidéis, Condesa: si imprudente
cedéis á otra pasión, si otra os aqueja,
vos el ángel seréis que su alma tienta,
yo el ángel tutelar que le proteja.

ESCENA XIII

DICHOS y EL CONDE

CONDE

(Saliendo.)

¡Gracias!

ZELINA y ARGENTINA

(De rodillas.)

¡Cielos!

CONDE

Hassam, cumple tu oficio.

ARGENTINA

¡Perdón!

CONDE

No.

(Hassam la lleva por la puerta de la izquierda.)

LOTARIO

¡Vive Dios! ¿Qué maleficio
contigo va? ¿Quién eres, extranjero
ante quien todo con pavor se humilla?

CONDE

¿Quién he de ser? El Conde de Castilla.

LOTARIO

¡El Conde! Tú y en Roquefort, ¿qué quie-
[res?

¿Qué buscas, ¡vive Dios! Conde altanero?
Si á apartarla de mí tu saña viene,
el corazón me arrancarás primero.

CONDE

No ayuda Dios á quien razón no tiene.

Hassam, ¿cumplistes?

(Sale Hassam.)

HASSAM

Sí.

CONDE

Pues desde ahora
guarda tú á Roquefort: hasta que muera,
que yazca en esta torre, y vencedora
que tremole sobre ella mi bandera.

LOTARIO

No mientras viva yo, no; será á precio
de mi sangre.

(Va á salir tras el Conde, y éste le aparta.)

CONDE

No llega á ti mi encono:
apártate, francés; yo te desprecio.

(Aun insta por salir, y Zelina le aparta también.)

ZELINA

Aparta, Roquefort; yo te perdono.

(Cierran y vansen.)

ESCENA XIV

LOTARIO

¿Qué es esto? ¡Me desprecia....., me per-
[dona!

¡Perdón, desprecio! ¿A mí? ¡Por vida mía!
Mas él en Roquefort, ¿qué pretendía?
¿vengarse?..... y ¡sin venganza le abandona!
Y esa esclava, ¿á qué vino si me abona?
Sueños son de mi loca fantasía.
¡Triste, triste de mí! Sueño, deliro.....;
es ilusión cuanto oigo y cuanto miro.

ESCENA XV

Salen por el puente algunos soldados del CONDE y parten por el bosque. Después éste, y detrás ZELINA. HASSAM se asoma á la muralla. EL CONDE, al salir, se vuelve, y permaneciendo en el puente con ZELINA, le dice á Hassam:

CONDE

Con ese tercio, en Burgos escogido,
guarda el castillo, y que la Francia entera
vea sobre sus torres mi bandera.

HASSAM

Idos, Conde y señor, con confianza.

(Vase Hassam. Zelina y el Conde permanecen sobre el puente contemplándose un momento, después del cual el Conde la dice con voz solemne.)

Oye, mora: mis ojos han dormido,
mas no mi corazón; de su venganza
la pasión justiciera se ha cumplido;
ya cabe en él de amor una esperanza.

ZELINA

(Humilde.)

¡Señor!

CONDE

(Con solemnidad y señalando al cielo.)

No hay más que un Dios omnipotente.

ZELINA

(Resuelta.)

Al que vos adoréis, mi fe se humilla.

CONDE

Y ese turbante.....

(Zelina se desciñe el turbante y le tira al agua.)

ZELINA

Trágueme el torrente.

CONDE

Corona en su lugar pondrá Castilla.
Vamos.

(La toma de la mano y la mora besa la suya.)

ESCENA ÚLTIMA

LOTARIO

Oigo crujir....., alzarse el puente.....

(Se alza el puente.)

Se van. ¡Oh, era su voz, estoy seguro!.....
 La percibí entre el ruido del torrente
 hasta aquí resbalar lamiendo el muro.
 ¡Miserable de mí! Si á esa ventana
 me atreviera á llegar..... Mas ¿qué vacilo?
 ¿No era su propio ser esa africana?
 Sí, pobre corazón; late tranquilo.
 Ella es su ser; su espíritu evocado
 al brío de mi voz..... ¿Qué hay que me

[aflija?

¿Qué tengo que temer del padre airado,
 si en su nombre el perdón me da la hija?
 Nada. Voy á asomarme con fiereza,

(Se asoma.)

y á ahuyentar la visión ensangrentada.

(Con alegría pueril)

¡Oh!..... ¡No asoma, no asoma esa cabeza!
 ¡No suena, no, su horrible carcajada!
 Cede mi estrella al fin; gozo....., respiro.....,
 veo el monte y el parque....., y no aparece,
 y alejarse de mí por él los miro
 al resplandor del alba que amanece.

¡Son ellos! Esa mora....., ese hombre..... ¡ne-

[cio!

Idos, idos en paz, gente menguada;
 idos, y de mi orgullo y mi desprecio
 lleve el aire hasta vos mi carcajada.

(Suelta la carcajada; el eco se la devuelve. Hassam clava
 en la muralla la bandera de Castilla. Lotario retrocede
 espantado.)

¿Todavía está ahí? ¡Voz del infierno!
 ¿Todavía me escuchas? ¿Todavía
 me devuelves con eco sempiterno
 esta angustiosa carcajada mía?
 ¿Conque vives conmigo eternamente?
 ¿Conque no tiene fin este suplicio,
 ni tiene más destino ese torrente
 que el de abrirme en su fondo un preci-

[picio?

No, no: huyamos de aquí..... ¡Pronto, Ar-

[gentinal

Jenaro, ¡pronto á mí!.....

(Va á salir por la izquierda y retrocede.)

¡Cielos! ¿Qué es esto?

¡Sangre!..... ¡Argentina!..... Vil, ¡él te ase-

[sina!

¡Ya entiendo ahora su perdón funesto!
 Lo comprendo. ¡Ay de mí! No se me es-

[conde

el porvenir horrible que me espera;
 esa voz, esa sangre me responde.....

(Á la ventana.)

¡Ay! Vuelve, vuelve, detestable Conde;
 mátame, sí, mas no de esta manera.

(Cae sin sentido y concluye el drama.)

EL EXCOMULGADO

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS

